

PREGUNTAS ENTRE LOS ESCOMBROS DEL IMPERIO

SEGUNDA PARTE

Traducción de JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS

DE PUENTES Y MUROS

GEOURGE URBAN: Si el imperio soviético está empezando a cuartearse a lo largo de las fallas étnicas ¿podría decirse que el modelo más apropiado para una comparación es un paralelo con Austria - Hungría? La desintegración de Austria - Hungría canceló la estabilidad en el centro de Europa, es más, desestabilizó al conjunto de Europa. ¿Podría tener la desintegración del imperio soviético efectos semejantes? ¿Tiene, por consiguiente, el mundo occidental un interés tácito (pero inmencionable) en mantener izadas las banderas rojas?

H.T.R. El poderío imperial es un gran estabilizador. No tendríamos los problemas actuales en el norte de Irlanda, o en Israel, o en Sudáfrica —los tres problemas insolubles de nuestro tiempo— si la potencia imperial, en este caso, la fuerza del imperio británico, aún controlara esas áreas. El poderío imperial puede arrancar el aguijón al nacionalismo al cancelar el elemento inseguridad. La gente se sabe parte de un imperio. La *Pax Romana* mantuvo la paz en virtud de la aplastante potencia de Roma. Por lo tanto, estoy de acuerdo con la idea de que la descomposición de los imperios genera problemas para la paz y el orden mundiales.

La cuestión de si los imperios deberían ser preservados por esa razón es un problema de equilibrios. Todos sabemos que la descomposición de Austria - Hungría creó una gran incertidumbre en el centro de Europa. El imperio otomano fue conservado por algún tiempo porque así convenía a las potencias occidentales; abandonado a sí mismo se hubiera desintegrado mucho más aprisa de lo que sucedió. Algunas potencias tenían interés en que se desintegrara, a otras les interesaba preservarlo. La Gran Bretaña fue en buena parte responsable de que se preservara; pero al final, contribuimos al proceso que lo desbarató, como también al proceso que fraccionó el imperio de los Habsburgo. El que uno apoye a una potencia imperial después de que ha dejado de representar una amenaza para la humanidad y se ha civilizado, o el que uno respalde los movimientos nacionalistas que pueden fragmentarlo, es una cuestión de política nacional tanto como internacional, de política contemporánea. No se puede dar una respuesta general.

G.U. Pero ¿no tiene por ventura la "política contemporánea" una multitud de facetas? Una de ellas sería la interdependencia ecológica, esencial para nuestra supervivencia. Esto de manera evidente exige un gobierno mundial; pero si no

es posible llegar a eso, un "imperio" estadounidense, un "imperio" soviético, un "imperio" europeo son lo que más se aproxima a alguna forma de estabilidad ecológica, o cuando menos a la esperanza de alcanzarla. De parecida manera, en la era nuclear, la paz mundial es una condición indispensable para la sobrevivencia de la humanidad. También esto parecería mejor protegido por vastos estados universales, "imperios", que por una multitud de naciones independientes, cada cual metida en su ruta egoísta y particular. ¿O no?

H.T.R. Pienso que sí, pero habría que refinar el concepto de imperio para que tenga sentido. El hecho es que, hoy, en el mundo ya existe una especie de "imperio" económico. Somos tan interdependientes en lo económico que, aun cuando vivamos en la ilusión de que Irlanda o alguna república latinoamericana es independiente, en realidad esa independencia es limitada, porque en términos económicos no son amos de su propio destino. Esto mismo se aplica a todos los países.

Así que en el mundo está implantado ya un Imperio Económico, pero también tendría que haber, como usted dice, un imperio ecológico, para no morir de contaminación ambiental. De manera que yo veo una doble capa de relaciones: debería existir una cooperación económica y ecológica sujeta a las normas de un imperio, pero en la medida de lo posible habría que evitar que ese imperio fuera político. Naturalmente, la cooperación económica y ecológica termina por chocar con la política; pero dado que no deseamos inflamar el nacionalismo ni crear oportunidades, por ejemplo, para el fundamentalismo islámico, no debemos permitir que el inevitable "imperialismo" creado por la necesidad económica y ecológica se convierta en imperialismo político.

G.U. Usted hace una distinción muy sutil, una distinción que siempre ha sido difícil de entender para las mentes afezadas a la idea de independencia. Por ejemplo, yo abrigo muchas dudas acerca de que un albanés de Kosovo llegue a aceptar la dominación serbia de su provincia con base en el razonamiento de que bajo el gobierno yugoslavo estaría mejor en lo económico que fuera de él, ya fuera en calidad de ciudadano de un país independiente o de Albania.

Pero me parece que también el imperialismo soviético nos plantea un problema específicamente ruso. En los imperios británico, francés, neerlandés, belga, español y portugués, la superioridad cultural de la metrópoli era en general aceptada y a menudo admirada y a decir verdad emulada por la población colonial. El prestigio del imperio soviético es otra cosa.

En el imperio "exterior", es decir, por ejemplo, en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, nadie está ni remotamente dispuesto a reconocer la superioridad cultural de los rusos, mucho menos a que pueda excusar el colonialismo de la nación metropolitana. Todo lo contrario, polacos, húngaros y checos no cesan de subrayar su propia superioridad cultural sobre lo ruso. Pero aún en el "imperio interior", georgianos, armenios, moldavos y *a fortiori* las naciones bálticas, sienten, por toda una variedad de razones (algunas más legítimas que otras), que la cultura rusa y las normas rusas de comportamiento son inferiores a las propias y por lo tanto no respetables.

Lo que digo es que la aceptación de la superioridad cultural de británicos y franceses ha conferido a las instituciones británicas y francesas —y al idioma inglés y francés (aunque también holandés)— una especie de existencia encantada posterior al colonialismo. El "imperialismo" cultural y tecnológico de Occidente continúa tácitamente. No preveo que vaya a suceder nada semejante con la Unión Soviética. La desintegración del imperio soviético seguramente será más drástica justo porque no existe ningún respeto por la cultura de la nación metropolitana.

H.T.R. No estoy totalmente seguro al respecto. Sin ánimo de retroceder a la actitud de los griegos frente a los romanos, permítame decir sólo que ningún juicio subjetivo acerca de la superioridad o inferioridad de una cultura ha sido uniformemente decisivo para dar forma al impacto de ninguna nación o imperio. Para referirnos a la época moderna, los alemanes renanos consideraban a Prusia atrasada, inculta y filistea; pero cedieron ante el poder prusiano porque comprendieron que éste era necesario al fin de crear la envoltura de nacionalismo germano que les hacía falta.

En el caso de Austria-Hungría, la superioridad de la cultura y las instituciones gubernamentales alemanas era abierta o implícitamente reconocida por todos, aun por los húngaros. No obstante, ese imperio se desgajó, en parte, cuando menos, porque las diferentes naciones dominadas por los Habsburgo querían ser independientes en lo político, y consideraban su subdesarrollo cultural (en la medida en que lo reconocían) como algo que se superaría rápidamente. El hecho de que en los estados sucesores sobrevivieran algunas instituciones *K. und K.* (imperiales y reales) prueba mi dicho.

Pero, a mi modo de ver, es igualmente posible que ciertas instituciones y valores culturales rusos sobrevivan en países como Georgia, Armenia y Uzbekistán. Un imperialismo residual ruso postsoviético es tan posible como ha sido la supervivencia de la cultura y las instituciones francesas e inglesas en muchas partes del ex imperio británico y francés, aun cuando los georgianos, armenios o uzbekistanos se resistan a admitir que aprendieron o tuvieron que aprender algo de los rusos.

G.U. Supongo que estamos diciendo que ni el subdesarrollo económico ni el cultural ejercen una influencia decisiva en la conformación de las actitudes nacionales. Llegado el momento de la verdad, es el sentimiento de lo nacional, el llamado de la tradición, los odios interétnicos, y el irredentismo —o sea, factores irracionales, viscerales— lo que tiende a determinar el grado de paz que puede haber entre las naciones.

H.T.R. Así es, por lo que es en sumo grado importante mantener dentro de ciertos límites a esos factores irracionales en un mundo económica y ecológicamente interdependiente como el nuestro.

G.U. Dejadas a sí mismas, las naciones parecen tener un orden de prioridades asaz curioso: primero independencia, segundo prosperidad, y sólo en tercer lugar libertad interna y democracia.

H.T.R. Lo que quiero decir es que, en realidad, el orden de las prioridades se ha erosionado porque, en los noventa, ningún país puede considerarse plenamente soberano o independiente. Para todos nosotros, hoy, el ejercicio de la soberanía y la independencia se nos presenta sumamente matizado.

G.U. Si usted fuera el Presidente Bush o Margaret Thatcher, y tuviera que abordar la cuestión de la conveniencia o la inconveniencia de promover la desintegración del imperio soviético en una reunión de gabinete ¿qué aconsejaría a sus colegas? Dígame si les diría algo así como: "Nos agrada o no, debemos ayudar a Gorbachov a mantener izada la bandera roja, porque las alternativas al imperio soviético serían mucho más terribles: caos en los Balcanes y Europa central, reapertura del problema alemán, disputas por las fronteras polacas, erosión de la OTAN, etc., etc.

H.T.R. Eso es precisamente lo que decíamos acerca del imperio otomano en el siglo XIX. Nuestros liberales y románticos eran sin excepción partidarios de los movimientos nacionalistas, y sostenían que los búlgaros, griegos y macedonios debían ser libres y que la opresión otomana debía desaparecer. Pero en los círculos conservadores se esgrimía ese argumento mencionado por usted. Se repetía: "Si prestáramos oído a nuestros liberales y románticos estaríamos inyectando desorden en Europa y alterando el equilibrio de poder. En todo sea posible mantener el envoltorio del imperialismo otomano, lo mantendremos, pues es mejor que las alternativas".

Pero luego resultó, a finales del siglo, que ya no era posible sostenerlo, porque el imperio estaba sufriendo un colapso interno. En consecuencia, como la política es el arte de lo posible, decidimos no sostenerlo más y respaldar las naciones y las nacionalidades descontentas.

G.U. Hace poco, Egon Bahr, principal asesor en política internacional del Partido Socialdemócrata Alemán, dijo en la televisión de su país que no sólo son los líderes soviéticos quienes mantienen en pie el muro de Berlín, sino también los norteamericanos, a los que interesa la conservación de la estabilidad europea y, por consiguiente, la estabilidad de la Unión Soviética. ¿No está esto muy cerca de lo dicho por usted?

H.T.R. Lo está, en efecto, pero al efectuar comparaciones debemos estar atentos a las circunstancias objetivas. Como acabo de decir, a principios del siglo XIX y, a decir verdad, en cierto modo hasta fines del siglo, el gobierno británico estimó que el mantenimiento del imperio otomano favorecía el interés general por la paz y un correcto equilibrio de poder. Sin embargo, al terminar la centuria la atmósfera era otra. El nacionalismo iniciaba su marcha; había prevalecido en Alemania e Italia, y estaba socavando la cohesión interna tanto de Austria-Hungría como del imperio otomano. Como consecuencia, nuestra política cambió.

Si el imperio soviético deja de contribuir al mantenimiento de la paz, y al contrario se convierte en un posible centro de disensiones nacionales incontrolables, no dudo que nuestros gobiernos dejarán de considerar a los soviéticos como asociados en la estabilidad, y en vez de dialogar con Moscú apoyarán a las naciones discordantes del imperio. Eso es lo que está sucediendo ya en relación a los países centroeuropeos,

especialmente Polonia y Hungría, que visiblemente no pueden seguir contenidos dentro del receptáculo imperial.

Acaba usted de citar a Egon Bahr, respecto del muro de Berlín y el supuesto interés norteamericano de mantenerlo en su sitio. Me permitirá decirle lo siguiente: una razón por la que se dividió a Alemania en 1945 fue que rusos y norteamericanos tenían que el peso de una Alemania unida por un nazismo o un militarismo revivido pudiera convertirse otra vez en una amenaza a su seguridad. A mi juicio, esto ha dejado de ser así, las circunstancias objetivas se han modificado.

Permítame retornar a mi ligeramente metafísica teoría de que el impulso de una nación hacia el dominio imperial surge sólo dos veces: los españoles lo intentaron dos veces, los franceses también, y asimismo los alemanes, pero ya no lo intentarán. En 1945 les rompieron los morros en tal forma que incluso la generación de los nietos —es decir, la que está creciendo ahora en Alemania— sabe que más le vale no pensar otra vez en términos de poder imperial, la actual Alemania es un país de europeos altamente civilizados que han renunciado a la misión histórica implícita en su política nacional de 1870 a 1945. Por lo tanto, no contemplo la reunificación alemana como una amenaza potencial a la seguridad mundial, y no veo justificación alguna para el muro de Berlín. Por supuesto, una Alemania unida podría transformarse en una potencia económica que dominaría a Europa (aun la República Federal, por sí sola, ya lo hace en buena medida), pero no sería un gran poder militar. Por lo tanto, la división de Alemania ha perdido una de sus grandes razones de ser.

El verdadero problema es si la unificación de Alemania es posible, dado que durante casi medio siglo cada una de las dos ha tenido una existencia separada, y si la separación mecánica que creó dos sistemas sociales distintos puede volverlas difíciles o imposibles de reunir. Yo siento que para el pueblo alemán su sentido de unidad cultural es más importante —y tiene raíces más profundas— que su exigencia de unidad política. Cuando Alemania estaba fragmentada en casi 400 principados, su única unidad era la cultural. Es muy posible que este sentimiento de unidad cultural sustituya la restauración de su unidad política, lo cual podría ser positivo tanto para Alemania como para Europa.

G.U. A riesgo de desviarnos por un momento de nuestro tema ¿no plantea esto un tema sensible que (hasta cuando el problema de modernizar el cohete *Lance* le otorgó relevancia) se ha eludido mucho, a saber, el papel de Alemania en una Europa postsoviética? La opinión en la Gran Bretaña parece dividida, por un lado tenemos a personajes como Norman Stone (profesor de Historia moderna en la Universidad de Oxford) y Peregrine Worsthorne (de *The Sunday Telegraph*) para quienes la reunificación representa una magna ganancia cultural y una manera de hacer entrar a una Rusia subdesarrollada en un marco europeo pacífico. Por el otro están escépticos como Roger Scruton (profesor de Filosofía en la London University) quien critica a Alemania tanto por su supuesto neutralismo como por su agresivo idealismo. Piensa que este último podría transferirse sin dificultad de la adoración de Hitler a la admiración por Gorbachov.

Por ejemplo, al cabo de una visita a Alemania, Norman Stone escribió (*The Sunday Telegraph*, 23 de abril de 1989) lo siguiente: "La República Federal es con mucho el país más relevante de Europa. Está cumpliendo el papel que otrora

cumplíamos nosotros de combinar eficiencia económica, excelencia educativa y total seriedad con liberalismo económico y respeto por los derechos humanos. En mi opinión es, en este momento, el país europeo modelo. Y está muy bien situado para servir como un puente a través del cual la Rusia comunista puede pasar para llegar a la familia europea...". Por su parte, Peregrine Worsthorne dijo, dos semanas más tarde (*The Sunday Telegraph*, 7 de mayo de 1989): "Dos veces en el pasado Alemania ha causado perjuicios incalculables... Ahora su pueblo tiene un sueño nuevo e incontrovertiblemente noble. Seguramente surgirán sospechas en los aliados; así como también temor... Sin embargo, esas sospechas empiezan a sonar huecas y un tanto acedadas. Porque si Europa, la cuna de la civilización, ha de volver a ser sana y sólida, sólo Alemania, en conjunción con los rusos, puede producir ese milagro..."

H.T.R. A grandes rasgos estoy de acuerdo con Stone y Worsthorne. No abrigó temores respecto a un retorno del agresivo militarismo alemán. En todo caso, las principales potencias, Rusia y los Estados Unidos, son hoy día mucho más fuertes que hace 50 años, y junto a ellas incluso la fuerza de una Alemania unida resultaría pigma. Por lo tanto, la unificación de Alemania no me parece *per se* muy importante. Todo dependerá de las circunstancias.

HECHOS Y DESATINOS DE LA HISTORIA

G.U. Volviendo a la desintegración de los imperios ¿no son nuestras políticas respecto de la Unión Soviética incoherentes en extremo? Por un lado, insistimos en que es de nuestro interés apoyar el imperio soviético en tanto garantice la estabilidad; pero también, a través de nuestra diplomacia pública, decimos a los elementos constitutivos del imperio soviético —estonios, latvianos, uzbekos, georgianos, armenios— que los queremos ver libres y soberanos. Esto lo decimos abiertamente cuando hablamos con las naciones del imperio exterior —húngaros, checos y polacos—, al paso que cuando nos dirigimos a los pueblos en el interior de la URSS lo hacemos alentando "la conciencia nacional... o la soberanía cultural y económica..." y así por el estilo. Pero nuestro mensaje no deja lugar a dudas. ¿Cómo podemos esperar estabilidad del imperio soviético cuando en efecto estamos esforzándonos por desestabilizarlo?

H.T.R. Nuestro discurso sobre la soberanía es pura retórica. Una soberanía total para las naciones pequeñas no existe. Podrán tener soberanía interna, podrán tener autonomía, pero no son libres para ejercer políticas independientes a escala global. Son partes de sistemas imperiales, aunque no necesariamente sistemas imperiales políticos, y están limitadas por presiones económicas. Sería un error que al dirigirnos a las naciones de la URSS y Europa oriental dejáramos de mencionar estos hechos elementales de la vida moderna.

G.U. Pero ¿qué respondería usted a un polaco que le dijera: "El mundo está armando un gran alboroto sobre la independencia de Namibia, pero no sobre la de Polonia. Se debe suponer que una vieja nación cristiana del centro de Europa merece menos derechos y respeto que las tribus de África occidental"?

H.T.R. Pienso que los polacos deben ser independientes, pero deberían comprender que su independencia no sería absoluta. Sería una independencia política; pero incluso una

Polonia independiente al máximo, seguiría sin ejercer un control total de su destino, porque seguiría siendo en buena medida un elemento dependiente de la economía mundial. De la misma manera como, en la realidad, la economía de Irlanda depende de la de Gran Bretaña, la economía de los estados del Este europeo —aun cuando los consideráramos tan independientes en lo político como antes de la guerra— de hecho serían dependientes de Alemania o de Rusia.

Un buen ejemplo es Bulgaria en la segunda guerra mundial. Sin importar los deseos del pueblo búlgaro, tenían que ser proalemanes dado que la alternativa era ser dominados por la Unión Soviética. A lo mejor no les agradaba el control alemán, probablemente se sentían en deuda con los rusos, quienes los habían liberado de los turcos y habían creado la Bulgaria moderna; pero de todas maneras, después de la revolución rusa, si no querían ser cominizados no les quedaba más remedio que someterse a los alemanes porque eran dependientes en lo económico. Con todo, en 1941 no declararon la guerra a la Unión Soviética porque el gobierno conocía muy bien el sentimiento popular al respecto. Pero fue la dependencia *de facto* de los búlgaros, por debajo de los símbolos formales de la independencia, lo que decidió el papel de Bulgaria en la guerra, con las consecuencias que todos conocen.

Una Polonia independiente podría encontrarse, *mutatis mutandis*, en una situación similar. Yo sería sin reservas partidario de que los polacos disfruten de toda la independencia de que gozaron entre la primera y segunda guerras. Pero no sería una independencia plena; habría un imperialismo invisible. Supongo que eso es lo que queremos decir cuando hablamos de esferas de influencia.

G.U. De haber estado usted en la situación de Wickham Steed o R.W. Seton - Watson ¿hubiera actuado para disolver el imperio de los Habsburgo como hicieron ellos?

H.T.R. Quisiera ser preciso en cuanto a lo siguiente: si yo hubiera estado sopesando las ventajas y desventajas de preservar el imperio de los Habsburgo, digamos, en 1910 - 1918, probablemente no hubiera procurado su desmembramiento. Pero, por supuesto, si yo hubiera sido Steed o Seton - Watson, es decir, un romántico liberal, con una mentalidad formada en el nacionalismo liberal de fines del siglo XIX, entonces sin duda alguna hubiera actuado como ellos. Eran hijos de su tiempo, y quizás yo también lo habría sido.

G.U. ¿Hubiera sido posible prever en 1905 - 1910 que la disolución de Austria - Hungría desestabilizaría la paz en Europa?

H.T.R. Yo pienso que sí, pero eso no significa que se podía haber impedido que ocurriera, una vez desencadenada la guerra. Creo que se hubiera podido salvar a Austria - Hungría si la política imperial para con las nacionalidades hubiera sido menos represiva. La parte húngara de la monarquía fue la principal culpable. Estaba gobernada por una aristocracia y una burocracia que trataban como razas subyugadas a los eslavos meridionales, los eslovacos y los romanos. De haber aceptado los húngaros otorgar a los croatas su autonomía bajo un arreglo trilateral con Viena, acaso se hubiera podido salvar la monarquía. Digo "acaso" porque no podemos tener cabal certidumbre. El problema racial de la monarquía habsbúrgica era probablemente insoluble. Posteriormente a la pérdida de las provincias italianas, la gran derrota en Königgrätz en 1866, y la introducción del dualismo con Hungría en 1867, el gobierno imperial estaba

demasiado débil y asustado como para actuar liberalmente y se había vuelto incapaz de proveer esa sutil y al mismo tiempo amplia envoltura de imperialismo necesaria para conservar la lealtad de las razas bajo su dominio.

Está por verse si los croatas ganaron algo al ser "liberados" para quedar luego sujetos a Belgrado en lugar de a Viena y Budapest. Lo cierto es que alimentaban un cordial aborrecimiento a los serbios ortodoxos que, a su modo de ver, habían sido barbarizados por el largo dominio turco, mientras que ellos habían sacado provecho del gobierno más civilizado de los Habsburgo católicos. Sin embargo, al finalizar la primera guerra mundial el ejercicio del poder por los yugoslavos se interpretaba como una liberación. No estoy seguro de cuánto duró este sentimiento. No hay duda de que ya estaba en ruinas en el momento de la invasión de Yugoslavia por los alemanes en 1941, y nunca se recuperó del todo de la ferocidad del conflicto serbo - croata durante la guerra.

La única regla segura aplicable a los imperios es que su razón de ser, durabilidad y utilidad deben juzgarse a la luz de todas las circunstancias.

G.U. ¿Se imagina usted a Gorbachov diciendo a un grupo de sus colegas más realistas en el Politburó: "Estamos sobreextendidos, no podemos forzar indefinidamente a los inquietos polacos, húngaros y checos a que permanezcan dentro de las fronteras stalinistas. Hacerlo nos ha costado sacrificios económicos extraordinarios y nuestra reputación ante el mundo. Entraremos a saco en los textos de Lenin en busca de citas que justifiquen nuestras decisiones: 'Rusia, la prisión de naciones que se están convirtiendo en estados libres y democráticos', y otras fórmulas por el estilo. Haremos cuanto esté de nuestra parte para que la transición sea gradual y sin traumas, y mientras tanto obligaremos al Occidente a que nos haga tantas concesiones como se pueda a cambio de hacer nosotros 'voluntariamente' lo que estamos obligados a hacer de todos modos. Por lo tanto, volvamos a los libros y cite-mos líneas y capítulos a manera de reducir los dominios del socialismo en el nombre y con el lenguaje de Lenin..."

¿Puede usted imaginar a Gorbachov en esa actitud? ¿Estará ya haciéndolo?

H.T.R. La gran ventaja de acudir a los textos consiste en que uno puede escoger los capítulos y las líneas y demostrar casi cualquier cosa.

Para volver a la analogía que hizo usted con el cristianismo: los cristianos primitivos creían en el segundo advenimiento. Creían que sucedería pronto y que el imperio romano sería destruido. Y además eran capaces de sacar a relucir buenos textos bíblicos a ese efecto. Cuando el segundo advenimiento no se produjo y el imperio romano adoptó el cristianismo como religión de Estado, esas creencias se volvieron embarazosas. Resultado: se las declaró heréticas y fueron suprimidas. A continuación, la iglesia reinterpretó las Escrituras poniendo de relieve otros textos para apoyar el nuevo punto de vista.

Sin embargo, las doctrinas cristianas primitivas, junto con las partes des - seleccionadas de las Escrituras que las habían apoyado, volvieron a aflorar y con el tiempo dieron ímpetu a la reforma protestante del siglo XVI. Propiciaron un nuevo mesianismo e inyectaron en el cristianismo un nuevo contenido revolucionario. El protestantismo de la Inglaterra isabelina, las reformas luterana y calvinista, la internacional protestante cuando la guerra de treinta años, los hugonotes,

todo eso se inspiró en herejías expulsadas de la iglesia más de mil años antes. En consecuencia, es perfectamente posible que también en los escritos de Marx y Lenin se descubran herejías rechazadas por el stalinismo, pero capaces de servir como marco ideológicamente aceptable para la reducción y reforma del imperio soviético.

G.U. La actual reforma de la economía soviética en nombre del periodo de la NEP, de los años veinte, es signo de que Gorbachov y sus amigos están entregados a escudriñar los libros en busca de citas apropiadas.

H.T.R. Si ha de preservarse la continuidad en los dominios soviéticos, las reformas se tendrán que hacer en nombre de la Iglesia. Pero no hay duda de que se encontrarán los textos necesarios.

G.U. Sin embargo, me pregunto a menudo si el marxismo - leninismo es tan intrínsecamente absurdo que en este final del segundo milenio será imposible reformarlo. La expresión herética de algo que es un desatino seguirá siendo desatinada, por muy radical que sea la herejía. Después de todo, el pensamiento de Marx es contemporáneo de la invención de la máquina de vapor y anterior al foco eléctrico. La historia ha refutado sus principales tesis, desde la pauperización del proletariado hasta la expectativa de que el nacionalismo desaparecería bajo las presiones de la solidaridad internacional de clase.

H.T.R. En casi todas las ideologías hay un absurdo prohibitivo, lo cual no impide que sean enseñadas y que se las acepte. El cristianismo contiene dogmas en los que ninguna persona educada en nuestro tiempo puede creer. Y sin embargo seguimos repitiéndolos obedientes.

G.U. Pero ¿no hay una gran diferencia entre las unas y el otro? El meollo de la fe cristiana ha sido siempre trascendental. El cristianismo jamás pretendió abrirse únicamente a la comprensión racional. Los cristianos no dudan en decir "Credo quia absurdum est". En consecuencia, para mí, en términos cristianos, una interpretación herética del cristianismo no es más absurda que la interpretación ortodoxa. No es así en el caso del marxismo.

El marxismo pretende ser científico, empírico y predictivo. Cuando la evidencia comprobable de la economía demuestra que se ha equivocado, todo en él resulta erróneo. Por lo tanto, no puede pedirnos que otorguemos confianza a una interpretación herética y revisada. El marxismo ha demostrado ser totalmente absurdo en el sentido de que es inaplicable e inutilizable en sus propios términos.

H.T.R. Tengo que rendirme ante esos argumentos...

G.U. ¿Cree usted que los refinados científicos y tecnólogos de las diversas ciudades académicas y *think tanks* soviéticos estarían dispuestos a apéchargar incluso con una ideología bolchevique revisada?

H.T.R. Sí lo creo. Es extraordinario en qué medida se pueden reconstruir las ideologías. Pueden echar marcha atrás en el mismo momento en que siguen ensalzando, de labios para afuera, la ortodoxia. El stalinismo también fue una revisión de la ideología, puesto que el marxismo afirma que ningún "gran hombre" puede tener una influencia decisiva en el curso de la historia. Aun cuando Gorbachov denuncie los males del stalinismo, su propio y concentrado liderazgo es como un elogio oblicuo a la herejía stalinista. Sería difícil imaginar una revolución gorbachoviana sin Gorbachov.

G.U. Supongamos que el sistema soviético se despojó a sí mismo, por la fuerza de sus propias reformas, del sentido que antes tenía, o que las pasiones de los nacionalistas, los descentralizadores de la economía y la *intelligentia* liberal lo eliminaron. ¿Acaso una Rusia vaciada del magnetismo internacional del marxismo - leninismo sería, fortalecida por el nacionalismo ruso, un "imperio" con el cual nos sería más fácil convivir que con el presente?

H.T.R. No lo creo. El nacionalismo ruso está soterrado pero muy vivo. En ciertas circunstancias, si el sistema soviético llegara a expirar, podría encontrar resonancias en otras naciones eslavas y convertirse en una amenaza. Yo personalmente preferiría que se siguieran cantando alabanzas al comunismo de labios para afuera, porque eso implicaría una simple repetición de un ritual vacío, mucho más tranquilizador para el resto del mundo que un nacionalismo ruso exacerbado. Un gobierno ruso nacionalista, con toda la potencia militar e industrial acumulada en 72 años de bolchevismo, no es una perspectiva como para alegrar a ningún país europeo.

G.U. ¿No está usted por casualidad haciéndose eco del imperialismo británico del siglo XIX? Apoyad al imperio otomano porque mantendrá al zar alejado de los Dardanelos; mantened en pie el imperio soviético porque un imperio ruso nacionalista puede ocasionar más problemas en el centro y el Este de Europa que la Rusia de Stalin...

H.T.R. En el siglo XIX, efectivamente, era vital para nosotros los británicos mantener abiertas las rutas marítimas hacia la India y el Lejano Oriente. En la era nuclear, prevenir un conflicto bélico ha sido el interés predominante de la Gran Bretaña y Europa. Esta finalidad, a mi modo de ver, quizá se consiga mejor preservando un imperio soviético destripado y económicamente cojo que con la presencia de un Estado sucesor ruso y nacionalista.

G.U. ¿No cree usted que estaríamos entregando rehenes a la fortuna si contribuyéramos a apuntalar los esqueléticos restos de un sistema que hace apenas unos años amenazaba con enterrarnos? ¿No habría la posibilidad de que el esqueleto se llenara de carne con la misma rapidez con que perdió su energía vital en los ochentas?

H.T.R. Claro que podría suceder. "Todo es posible en la historia", ése es mi no muy esperanzador lema. Sólo podemos legislar para nuestro propio periodo en la medida en que podemos prever con un mínimo de precisión los acontecimientos. Antes del marxismo, el único movimiento que se trazó un programa comparable de internacionalismo y racionalismo fue la Ilustración. La Ilustración desembocó en la Revolución Francesa. ¿Quién predijo la Revolución Francesa? Nadie. Incluso a principios de la década 1780 - 89 nadie tenía la menor idea de que una revolución estaba a punto de barrer Francia, y nadie experimentó un choque más profundo ante la manera como evolucionó que los escritores y filósofos a quienes les fue atribuida posteriormente.

Uno está en condiciones de hacer profecías condicionales diciendo: esto o aquello tenía que suceder, por lo tanto, lo más probable es que suceda tal o cual cosa. Luego uno puede reforzar su vago pronóstico mediante analogías con el pasado. Pero esa idea alemana de que la historia tiene reglas, y de que si descubrimos esas reglas podremos predecir el futuro (Hegel, Marx, Spengler, y muchos otros historiadores alemanes han pensado en esos términos) me parece basada

en premisas erróneas. Es una posición menos persuasiva que la que dedujera profecías históricas de las Escrituras o de las obras de Arnold Toynbee.

G.U. Mi temor es que si en este momento preservamos el imperio soviético comunista en calidad de estabilizador, bien podría, de manera muy hegeliana, invertimos el juego y convertirse otra vez el día de mañana en un desestabilizador. El hombre persiste en buscar la utopía, y quienes andan en su busca no son muy dados a sacar lecciones de los desastres del pasado.

Es posible que usted no tenga una gran opinión de Arnold Toynbee como historiador, pero quizás esté de acuerdo conmigo en que era un hombre de gran experiencia. En una conversación sobre un tema análogo, celebrada en 1972, Toynbee me dijo: "Esto de no aprender de los hechos evidentes, este obstinado y persistente no aprender hace de mí un pesimista... parecería que la capacidad para cegarnos ante los hechos evidentes es casi insuperable".

¿Cree usted que vamos a resultar inmunes al próximo brote de bolchevismo si hoy preservamos la bacteria del bolchevismo por mor de la estabilidad mundial?

H.T.R. Dudo mucho que haya otro brote. El comunismo ha tenido una excelente oportunidad y resultó un fracaso. Ha agotado su aljaba y no creo que nadie, excepción hecha de un puñado de individuos aferrados a la utopía, intente construir sobre esa base un sistema de gobierno. La ideología sobrevivirá probablemente en forma de herejías y en los lugares más impensados, pero si en este momento lo que más debe preocuparnos es la estabilidad mundial, entonces pienso que un imperio soviético ideológicamente difunto, reducido en su territorio e internacionalmente asimilado, es más útil para nuestros intereses que el caos que seguiría a su descontrolada desintegración.

G.U. Vuelvo a mi hipotético paralelo con el nacionalsocialismo. ¿Pensaríamos en ese mismo sentido si hoy nuestra contraparte en el mantenimiento de la estabilidad mundial fuera

un imperio nazi des - hitlerizado, territorialmente reducido e internacionalmente cooperante? Si así fuera ¿no estaríamos traicionando nuestro legado como civilización libre y democrática?

H.T.R. Parecería tratarse de un paralelo sencillo; pero si lo analizamos, se vuelve menos simple, dado que las circunstancias implícitas son del todo diferentes. Los rusos fueron nuestros aliados en la guerra. De la guerra salimos triunfantes. Juntos creamos el actual sistema europeo que, con todos sus defectos, ha perdurado. Ahora se trata de enmendarlo en una parte de Europa.

Pero usted está planteando una situación por completo distinta, en la cual Hitler ganó su guerra y erigió su imperio de rufianes. Nosotros estamos vencidos y desarmados. El continente entero se halla dominado por los nazis, sus gobiernos son gobiernos títeres. No hay equilibrio de poder. Contra esto, mientras dure, sólo puede haber movimientos de resistencia. A eso no se le puede llamar estabilidad; o al menos no es la estabilidad que a ninguno de nosotros le interesaría preservar.

Sin embargo, para trasladarnos a un plano general, creo que tenemos el deber de reconocer siempre los límites de lo posible. En una crisis aceptamos una alianza con la Rusia stalinista, cuya trayectoria criminal en ese momento era peor que la de la Alemania nazi. Hemos tenido relaciones diplomáticas con la China de Mao. Una generación no es responsable de los actos de sus predecesoras. Yo no tendría empacho en tratar con un gobierno de turbios orígenes, siempre que lo hiciéramos con los ojos abiertos, por motivos racionalmente defendibles, desde una posición independiente. En el escenario que usted supone no seríamos independientes. Por lo tanto, el paralelo no es un verdadero paralelo.

Me es imposible imaginar cuál sería hoy la condición de Europa si Hitler hubiera ganado la guerra. Con tales especulaciones lo único que hacemos es perdernos.

© Encounter

